

EL XIV CONGRESO INTERNACIONAL DE FILOSOFÍA

Del 2 al 9 de septiembre de 1968 tuvo lugar en Viena el XIV Congreso Internacional de Filosofía. Se trata, como es sabido, de las reuniones más importantes que tienen los filósofos. Organizados a partir de 1948 por la «Federación Internacional de Sociedades de Filosofía» se celebran últimamente cada cinco años. El primer Congreso se reunió en París en 1900. Luego ha habido los de: II Ginebra (1904), III Heidelberg (1908), IV Bolonia (1911), V Nápoles (1924), VI Cambridge, Mass. (1926), VII Oxford (1930), VIII Praga (1934), IX París (1937), X Amsterdam (1948), XI Bruselas (1953), XII Venecia (1958) y XIII México (1963). Ésta era la primera ocasión que el Congreso se reunía en Austria.

La elección de Viena, ciudad de gran tradición filosófica en los campos de la lógica y de la hermenéutica psicológica, al mismo tiempo que cruce de los opuestos módulos de pensamiento que dividen nuestro mundo, parecía una garantía de éxito a los organizadores. Los cerca de 4.000 congresistas efectivos de alrededor de 70 países que asistimos al mismo, certificaron la realidad de esta presunción. Fue además el primer congreso que contó con representaciones numerosas de los países del este europeo, aunque mucho menores que las anunciadas en las estadísticas oficiales. Con todo, la sorprendente hasta cierto punto delegación de Estados Unidos — más de 400 congresistas — y la numerosísima de la Alemania Occidental — unos 280 — fueron, con la austríaca, las más nutridas. Alrededor de 50 filósofos españoles, representaron a nuestro país; diez de ellos correspondían a las facultades de Barcelona.

No vimos, como ya es costumbre en estos congresos, a los filósofos «célebres» de la generación de entreguerras. Ni Jaspers, ni Heidegger, ni Sartre asistieron. Marcel apareció sólo en la reunión de clausura. Lo nuevo en este aspecto es que la generación de la postguerra vino prácticamente con todas sus figuras. Sólo Marcuse no juzgó oportuno acudir.

Las más de 1.000 comunicaciones recibidas serán publicadas en las Actas en el curso del año 1969. Se prevén seis tomos de setecientas páginas cada uno, editadas por Herder-Wien. Dos de ellos nos fueron ya entregados durante el congreso. En ellos se recogen los textos de los «filósofos invitados» y algunos de los Coloquios.

Porque para descongestionar el Congreso y permitir tomar la palabra a todos, sin menoscabo de una cierta agilidad, el comité organizador — el de la Sociedad austriaca de filosofía —, mantuvo el criterio de los últimos congresos de repartir el trabajo en tres tipos de sesiones.

Por la mañana las *Sesiones plenarias* estaban consagradas a los temas propuestos por los organizadores. Dieciocho personalidades de once países tenían a su cargo las lecciones introductorias a los debates. Los ponentes invitados fueron: E. Fink (Alemania F.), M. Guérault (Francia), A. Guzzo (Italia), y K. Popper (Inglaterra) para el primer tema: *Espíritu, mundo e historia*; W. Frankena (USA), P. Ricoeur (Francia), y S. Strasser (Holanda) para el segundo: *Libertad: responsabilidad y decisión*; H. G. Gadamer (Alemania F.), J. D. García Bacca (Venezuela), P. W. Kopnin (URSS) y A. Schaff (Polonia), para el tema *Lenguaje: semántica y hermenéutica*; G. Mende (Alemania R. D.), V. M. Mshvenieradse (URSS), J. Sommerville (USA) y G. Wetter (Austria) para las relaciones entre *Filosofía e ideología*; finalmente, A. J. Ayer (Inglaterra), A. V. Ambartsumyan (URSS) y F. Gonseth (Suiza) para el tema *Filosofía y ciencias de la naturaleza*. La «apertura al este», como puede apreciarse, era mucho más que una ilusión. También, si comparamos con los «filósofos invitados» a anteriores congresos, lo que con humor se llamó una «apertura a sinistra». En total, las intervenciones preparadas para estas sesiones pasaban de las 170.

Por la tarde tenían lugar los *Coloquios*. El primero y con mucho el más concurrido trataba sobre «Marx y la filosofía contemporánea». Estaba concebido como homenaje a Marx en el primer centenario de su muerte que acababa de finalizar. La prensa ya indicó en su día el marcado cariz político que tomó, sus confrontaciones mitinescas y las protestas de los grupos de jóvenes socialistas a que dio lugar. Los demás, con estilo más constructivo, trataron los temas siguientes: 2) Brentano, la psicología filosófica y el movimiento fenomenológico; 3) Wittgenstein, el Círculo de Viena y la Filosofía analítica; 4) La lógica deóntica y su significación para la ética y el derecho; 5) Sentido de las síntesis en el pensamiento integrativo; 6) Cibernética y filosofía de la técnica; 7) El tiempo; 8) La naturaleza del hombre y el problema de la paz. En total ciento sesenta y siete intervenciones.

También por la tarde y en concurrencia casi siempre con los coloquios, trabajaban las *Secciones*. En ellas, después de una breve introducción, se pasaba en seguida a la lectura y discusión de las comunicaciones libres (705 en este apartado) repartidas en trece secciones: 1) Lógica; 2) Teoría del conocimiento y de la ciencia; 3) Filosofía del lenguaje; 4) Ontología y metafísica; 5) Ética y filosofía de los valores; 6) Estética y filosofía del arte; 7) Filosofía de la naturaleza; 8) Filosofía de la cultura; 9) Filosofía de la historia; 10) Antropología filosófica; 11) Filosofía social, del derecho y de la política; 12) Filosofía de

la religión y 13) Investigación de la historia de la filosofía, subdividida a su vez en doce subsecciones según autores o épocas estudiadas.

Los locales de la Universidad y los cercanos del bello y funcional «Neuesinstitut» albergaron todos los trabajos. En el Neuesinstitut, además, estaban enclavados los secretariados (general, turístico, de prensa y publicaciones, etc.) y oficinas anejas. Bares, restaurantes, guardarro-pía, parking, etc., en ambos edificios ayudaron también al mejor éxito social y humano de estas reuniones.

El «gran auditorio» de la Universidad daba cabida a las sesiones plenarias y a algunos coloquios. En estos casos la traducción simultánea — y para algunas sesiones un circuito cerrado de televisión — se daba también en otra gran sala, dado que el número de asistentes a las sesiones plenarias sobrepasaba ampliamente el millar. Los idiomas oficiales eran el alemán, inglés y francés. Los necesarios servicios de la traducción simultánea fueron realizados, en conjunto, con gran escrupulosidad. Con todo hay unos límites — los del lenguaje filosófico creador, el más auténtico — difícilmente salvables en una traducción. Además del Coloquio sobre Marx, tuvieron muchos adeptos, los de Fenomenología y Filosofía analítica, y entre las Secciones de la Filosofía de la religión. En estas reuniones sin traducción simultánea, la lengua que privó desde el primer día fue el inglés con bastantes intermedios en alemán. El francés ha perdido muchos puntos como idioma internacional, por lo menos entre los filósofos.

La apertura solemne del congreso se celebró el lunes 2 de septiembre, por la mañana, en el marco fastuoso de la Opera, engalanada. Oímos muchos discursos de bienvenida y de buenos deseos y los coronaron las palabras del card. F. König que leyó también un telegrama de S. S. el Papa y del Canciller de la República, J. Klaus. Con una breve intervención, el Presidente de Austria, F. Jonas, declaró solemnemente inaugurado el Congreso. Casi todos ellos hicieron mención de la hora presente — doce días después de la invasión de Checoslovaquia por las tropas del pacto de Varsovia —, como «una hora de la reaparición de la violencia en los campos de Europa en lugar de la razón y la libertad de los pueblos». Los excesivos aplausos, lo mismo que los silencios, fueron muy significativos. En el interín, el profesor Gadamer había desarrollado la conferencia solemne sobre «El Poder de la Razón» dentro de la mejor tradición humanista.

Este mismo lunes por la tarde, empezaron propiamente los trabajos con la apertura del coloquio sobre «Marx y la filosofía contemporánea», y se prolongaron a un ritmo feroz hasta el lunes 9 por la noche. La vacación del domingo fue tan aprovechada que este segundo lunes, en particular por la tarde, fue deliciosamente lánguido. Al mediodía acudimos todavía los suficientes para llenar la sala de audiciones con

motivo de la conferencia de prensa de clausura que se anunciaba movida, y que terminó con la retirada de la misma de los representantes oficiales de la URSS, por sentirse particularmente ofendidos por los ataques de otros miembros del Comité Internacional. Nunca los filósofos rusos han dicho tan claro que una cosa es la filosofía y otra distinta es la política.

Los organizadores, además de las reuniones sociales en la universidad, ayuntamiento y en el palacio de Schönbrunn, del más puro estilo versallesco, de la sesión especial de la Opera y de un concierto de la Orquesta Filarmónica de Viena, prepararon también paseos y excursiones de distracción en abundancia. Muchos «viajes de estudio poscongreso», a Grecia, Rusia, Hungría y Checoslovaquia, a muy buen precio, eran también muy tentadores, en particular para los americanos. En este programa se contaba con los gustos y posibilidades de casi todos. Viena sabe organizar maravillosamente este género de manifestaciones. Por nuestra parte tuvimos una recepción en la embajada de España, homenaje similar al de la mayoría de los países con sus delegaciones. Fue una posibilidad más de entablar amistosas relaciones con quienes trabajan en problemas afines dentro del mismo contexto cultural.

En el ámbito del Congreso pero al margen de sus tareas, interesó mucho la acostumbrada exposición bibliográfica de toda la producción editorial aparecida desde el anterior Congreso de México. Junto a las muchas reediciones de clásicos, en todos los formatos y para todas las categorías de lectores, pudimos observar una buena eclosión de nombres nuevos, prometedores. La producción, original o en traducción casi inmediata, en lengua inglesa era impresionante. También llamaron poderosamente la atención los avances rumanos y yugoeslavos. Rusia presentó poca literatura filosófica, en su mayor parte traducciones de obras de Marx y Lenin a las lenguas de otros países.

Una universidad de Alemania Federal, presentó al Congreso su ordenador electrónico programado especialmente para el análisis de obras y de bibliografía filosófica, entre otras posibilidades. La visita comentada que pudimos hacerle fue un gran momento. Comprendimos que con «estos auxiliares» muy pronto los trabajos de investigación histórico-filosófica y los de estructuración cambiarán de sentido, tanto en su método como en su precisión y rapidez, dejando un tiempo mayor a la posibilidad de creación original. También se nos ocurrió pensar que incluso en los niveles de la filosofía pura, salva la original creatividad de alguno, la distancia entre los países con medios técnicos y los carentes de ellos, tiende a convertirse en abismal. Aunque sea cierto que este «logos» tecnificado no agote las posibilidades del pensar.

¿Fue un éxito el XIV Congreso Internacional de Filosofía? Sí, ciertamente, como acabamos de ver, por lo que respecta a su organización

y asistencia de congresistas. No, en su ilusión de anudar de alguna manera más permanente el diálogo entre los filósofos marxistas del Este y los occidentales, en orden a sentar las bases de una cultura más universal. La invasión de Checoslovaquia, tan reciente, agostó las esperanzas de muchos. El muro de hostil ignorancia entre los dos bloques de pensadores era ya demasiado espeso para confiar en un éxito clamoroso de una reunión multitudinaria como el Congreso. Tanto peor después de unos hechos que difícilmente se compadecen con las filosofías y cosmovisiones, también con la marxista. Por desgracia, lo que quedó bien claro fue que, de una manera general, hay en casi todos un miedo profundo, anterior a las filosofías, que dificulta gravemente la comprensión entre los hombres.

Esta ocasión perdida, a la que se refirieron largamente algunos periódicos, quizá pueda recuperarse en parte, juntamente con otras muchas cosas, cuando podamos leer todas las Actas. Porque, en definitiva, el nivel estrictamente filosófico no se consigue casi nunca más que con la meditación prolongada y la reflexión serena en la que se decantan las aguas turbias de las pasiones para conseguir, a veces, auténticos progresos válidos para la humanidad. Evidentemente no es esta calma el clima de ningún Congreso y menos podía serlo de éste. Por ello será preciso también observar las obras de los próximos años para percartarnos de hasta qué punto el mantenimiento de un «statu quo» determinado, priva por encima del convencimiento mayoritario de que ya no es una utopía trabajar por una filosofía plural pero correlacionada en el seno de una humanidad única. El estudio metódico de las Actas permitirá juzgar el Congreso de Viena desde el punto de vista propio de la filosofía y determinar cuáles son en realidad las direcciones que tienen futuro.

Pero, si lo visto estos días en las Sesiones plenarias y lo leído en los dos volúmenes de las Actas indica algo, no parece aventurado avanzar un auge creciente de los análisis estructurales — sobre todo sociales y del lenguaje —, la casi desaparición del existencialismo, la inflexión psicoanalítica de la fenomenología, la aparición de una filosofía renovada de la naturaleza y el mantenimiento de una sola filosofía oficial en el este de Europa. La reflexión de índole trascendental quizá se camufle de hermenéutica.

No quiero terminar sin mencionar un hecho significativo: el de la activa presencia de los jóvenes en el Congreso. No me refiero a lo que podríamos llamar «rebelión de los jóvenes» sobre lo que ya me extendí en otra parte. Lo que deseo señalar ahora es el renovado interés de la juventud por la filosofía, entendida como búsqueda de razones humanas de vivir y de esperar. Porque lo más nuevo en este sentido es la reaparición de las cuestiones filosóficas en el seno mismo del mundo de la técnica, en los estudiantes y jóvenes profesores de las que hemos dado en llamar ciencias de la naturaleza. La cuestión del sentido, de

la problematicidad, del misterio de la existencia humana, y del cosmos surge de nuevo en un mundo cambiado, sin dejarse disolver simplemente en el anonimato de la propaganda y del hombre común. El testimonio de estos jóvenes, con su presencia y con sus obras, certifica una vez más que la ciencia y la técnica no agotan la filosofía sino que la urgen hacia perennes, siempre renovadas tareas. Al mismo tiempo, parece acentuar el desplazamiento de la filosofía, en cuanto a procedimientos e ideal de saber, hacia modelos más análogos con los científicos actuales. Las preguntas y respuestas esconden pero no anulan la pregunta radical por el «es» en su patencia, en su estructura y en su destino.

J. M. VÍA